DE HOY A SIEMPRE, MAESTRO

Por: Natalia Lizarazo

Recién graduado de la universidad, allá por los años 80, tomaste el tren de las coincidencias persiguiendo en mapas las coordenadas que te llevarían a México y a enfrentarte con una travesía que después de varios años desembocaría en tu carrera como cantautor. Sabías y eras consciente de que el empeño que pusiste en todos los años cursando la carrera de Ciencias de la Comunicación se iban a la basura, pero siempre reiteras en múltiples entrevistas que escoger el camino que guió esa guitarra que te puso tu padre en las manos a los 7 años fue la mejor decisión que has hecho.

Desde ahí serías, por primera vez de muchísimas otras, el cantante a tus apenas 20 años; pero, además, el rey de la protesta y la bohemia; el príncipe del billar y el enamorado de la vida y las mujeres hasta que alguna afortunada te marcara las reglas del juego. Yo ya te admiraba y me faltaban años para nacer. A veces llegué a pensar que en el banco de niños soborné a algún ángel de poca vocación para que me brindara el milagro de poder ser admiradora de alguien tan extraordinario como tú, de tener un ídolo tan maravilloso como tú, maestro. De lo contrario, cómo explicar tantísima suerte.

Fue hasta hace unos 11 años que te descubrí en una de tus canciones gracias a mis hermanos y sus curiosas listas de reproducción, que aunque saltaban de género en género, por algún extraño motivo siempre predominaba tu trabajo musical. Yo era aún una niña, sin embargo descubrí un pedacito de cielo con una canción tuya que se salía de lo común, de lo simple, de lo banal, de lo mundano, de lo de siempre, y es que a mis 8 años por supuesto no sabía nada de la vida, pero comenzaba a sospechar que era contigo con quien me quería empapar de vida, era a ti a quien quería admirar, maestro.

Los años pasaban y mi admiración por ti se hacía evidente, con apenas 13 años, yo ya me codeaba con adultos que compartían mi admiración por ti, tú siempre el centro de las conversaciones, el altar de nuestras vidas, el punto de encuentro. Muchos de esos adultos presumían pomposos aquel recuerdo de tus conciertos, del abrazo que les diste en el aeropuerto, de los LP que guardan con tanto cariño, y yo la excepción, el monstruo, la que ve todo desde el lente lejano y se conforma. Hace apenas 2 años la vida se resumió en un instante, la vida me pagó de vuelta cada álbum comprado, cada lágrima, cada minuto que murió, cada esfuerzo, la vida me pagó y me ofreció guardar el cambio. Un 14 de abril, todo se consumó en un instante, todo se tornó con sentido. Ya meses antes se había anunciado la gira de mi ídolo por mi país, como fiel y gran admiradora, compré los boletos con dos meses de anticipación sin advertir que podía lograr un encuentro más cercano y personal con él. Gracias a una serie de esfuerzos y a hartarme de pertenecer al séquito de los que se quejan y se conforman, logré concretar un encuentro junto con otras 7 personas en su camerino, los días pasaban presurosos y con el pesimismo que me caracteriza siempre esperé una cancelación de último minuto o tragedias similares.

El día finalmente había llegado, el 14 de abril de 2010 me hallaba en un cuerpo que

sentía más mío que nunca, me hallaba en el lugar que siempre quise estar, cumpliendo el sueño que ni siquiera llegué a soñar y con un ejército de anhelos, todos por delante. Tener la oportunidad de conocer a mi ídolo no era sólo un capricho adolescente, no se trataba de un ajuste de cuentas ni de una cátedra de nada, ni de ese afán carente de metáforas y estructuras buscando un hogar dentro de mí misma que pretendía que fuera cálido y exorcizara mis deseos, iba mucho más allá de lo que cualquier humano pudiese imaginar. Por el amor que le profesaba, por la admiración que le guardaba, por seguir su filosofía y sus pasos uno a uno, por ser quien me mantuvo de pie en múltiples ocasiones, por tener la oportunidad de agradecerle el hecho de ser la vida que le faltaba a la mía para vivir. Ya rondando las 7 de la noche, me dirigía con más miedo que ganas al encuentro más esperado de mi historia, con el pesimismo que mencioné anteriormente, la imaginación me jugó una mala pasada haciéndome pensar que cabía la posibilidad de encontrarme con alguien totalmente diferente al ser que yo admiraba. El encuentro previo con los demás afortunados ocurrió entre risas y el descontrolado nerviosismo de algunos, tú como centro de conversación, todos alardeando de los años que invertimos admirándote y de todos los que se vendrían. Después de los minutos más largos de mi vida, llegó el momento, todos ingresamos a esa habitación misteriosa que llaman camerino de un modo casi despectivo y absurdo, pero que en aquella ocasión resguardaba tu presencia y para mí era suficiente. Era cuestión de segundos que salieras por esa puerta con tu metro noventa y cuatro de estatura, tu cabello negro hasta los hombros, el brillo característico de tus ojos y todos esos detalles que es imposible conocer por más que se pasen los días leyendo sobre ti. Cuando una mujer perteneciente a tu grupo de trabajo tocó a tu puerta con tres ligeros golpes e interrumpió la afinación de tu guitarra esa habitación misteriosa se transformó en un paraíso extraño, en ese pedazo de cielo en el que siempre quise estar, cuando por fin abriste la puerta, y diste uno, dos, tres pasos, el mundo como lo conocía se transformó en otro que hasta la fecha no he sabido describir con exactitud.

Cuatro y cinco pasos, estabas ahí, justo ahí, frente a mis ojos, yo frente a los tuyos, tú, mi animal nocturno, mi gitano urbano, mi primera ilusión, tú el dueño de mis mil noches en vela, ahí, la mirada, la sonrisa, el saludo, el abrazo, la gloria. Describir con exactitud lo que pasó en los siguientes instantes es una tarea imposible. Qué maravilloso y sencillo fue resumir tantos años de vida en unos cuantos minutos que hicieron válida mi existencia, de qué más está hecha la vida si no es de momentos que te hacen querer vivir dos veces. La felicidad no terminaba allí, aún tenía un concierto que disfrutar esa noche, y un segundo al día siguiente.

Ya minutos después, me hallaba ubicada en el sitio predilecto para disfrutar de uno de los mejores espectáculos que he presenciado, apreciando a la multitud adorándote, adorándote sin saber que compartías unos cuantos minutos conmigo y otros tantos, que intercambiábamos sonrisas mientras la multitud allí desenfocada esperaba tu salida, esperaba por tu voz, por esas canciones con las que comenzó todo.

Los minutos transcurrían, el espectáculo también, pero yo, yo estaba en ninguna parte, o tal vez aún seguía ahí al lado tuyo, tal vez sí estaba donde estaba, no lo sé, lo único que sabía era que además de presenciar el concierto más maravilloso de mi historia,

presenciaba al hombre con el que compartí instantes minutos atrás, el hombre al que decidí darle el peso de mis latidos para hacerme vivir con esperanzas. Con la amargura que genera todo final, el concierto estaba dándose por terminado, mientras las caras de mis acompañantes no hacían ningún esfuerzo por maquillar la tristeza, yo dibujaba una sonrisa incontrolable en mi rostro, pues aún me restaba el día siguiente, con una ubicación mucho mejor y la admiración a reventar.

Tú mi descuidado cantautor, tú mi sacerdote de Nefertum, dios leontocéfalo. Hay muchas lunas inciertas en las que siento que es mejor que esas dos noches se hayan quedado para mí, en mi memoria, y que tú sólo te hayas encargado de vivirlas y entregarte como sabes hacerlo, que yo sea la que recuerde y se desvele escribiendo los recuerdos, la que ame, la que admire, y que tú seas el transgresor murmurante. Te enteraste de que existo, que el destino me regaló un empujón valioso para que tus ojos se fijaran en mí por un instante, y tu sonrisa floreciera porque mis palabras la rociaron, eso es suficiente para el que ama sin esperar un acto recíproco a cambio. Yo vivía ya gracias a ti, a tus palabras de aliento, desaliento, fuerza y debilidad, pero desde aquellas noches no solo seguí viviendo, descubrí un corazón, descubrí al alma, descubrí los sentidos, vista, tacto, olfato, oído, gusto... todo lo habilitaste sin querer, tú solo estás allí, maestro, y lo único que tienes para dejar es tu música, eso crees, pero lo sabes todo sin saber nada... nada. Tengo millares de razones para no vivir, pero tengo una para seguir haciéndolo, y con esa me basta, tal vez esas tantas son ajenas, no las escogí, pero la que tengo, la elegí yo, y ha sido la mejor elección de la vida, escoger vida para tratar de vivir. Cada día batallo una lucha interminable contra los detractores que pretenden desafiar mi admiración por ti, cada día hago y deshago con tal de defender lo tuyo, lo nuestro, eso nuestro que solo sé yo, y que desde hace once años alimenta el mundo utópico en el que decidí existir. Ahora puedo estar más tranquila, porque con saber que respiras, puedo vivir más que para ser el juguete predilecto de algún niño extraterrestre que juega conmigo a los humanos, como dice un maestro por ahí.

Lo inimaginable y lejano sucedió aquel día, estar a tan solo centímetros de la persona que más he amado y admirado en este mundo, y tal vez en todos los otros... simplemente se hizo realidad. Finalmente y con toda la cordura que puede caberle al caso soy capaz de afirmar que los sueños no sólo están para soñarse, si tienes el amor, la fe, y el sentimiento suficientes para alcanzarlo, allí lo tienes, en tus manos... para siempre. Ahora como tú, mi queridísimo guate, pienso que la vida es un buen vino y la canción que te gusta pero le agrego el infinito y extraño sentido del amor y la admiración, del sempiterno amor a la distancia, que es aun más real que muchos que veo a diario.

Y hoy, como todos los días, pienso en ti como motor indispensable de impulso para seguir la vida. Hoy tu biografía es un rosario exhibicionista de logros, de reconocimientos, todos merecidos, unos más que otros, pero yo sólo te veo como esa persona que desde hace 48 años lleva haciendo del mundo un lugar mejor, y que cuando el que decida las llegadas y las partidas en esta obra de teatro que se nos otorga sólo por un ratito seguro vas a convertir en un lugar mejor dondequiera que vayas. Gracias siempre y mucha vida.